

Poesía

**ABSORTO ESCUCHANDO
EL CERCAÑO CANTO DE SIRENAS**

ELKÍN RESTREPO

© Elkin Restrepo Gallego, 1985

© Ediciones Autores Colombianos, 1985

Los años pasan y nos cambian, avivan nuestros rencores.

Eso nos ata para siempre, lo que es un logro.

Nada quiero saber de ti,

tus brazos empalagan,

tus labios tiene un sabor de fin de fiesta,

nunca sé ni me importa lo que realmente piensas.

He ahí el paisaje, esa estúpida montaña,

que siempre nos distrae de nosotros.

No sé que pensar de la vida,

de los años que miserablemente pasan.

Desde siempre nuestros sueños están rotos,

esparcidos como vieja ceniza,

todo aquello que nos hacía indestructibles,

únicos, locos.

Y que siempre, oh querida, nos fue negado con afán,

sin mucha piedad, con miedo,

por alguien burlonamente superior

a nuestras desdichas y desamparos.

Ese vestido no te sienta bien, querida.

Olvídate, no saldremos esta noche.

No llores, querida.

Cálmate, mi amor.

Debemos permanecer unidos, insobornables,

casi valientes.

Gracias, mi amor, por tanto odio y rencor.

No está mal (amor) que, de vez en cuando, lo nuestro se permita

un tris de romanticismo, una bocanada de ensueño, una gota de alquimia.

Hoy la noche se presta; la noche que, sobre la montaña rehace la canción de la luna

y ofrece alivio y embrujo al relato de nuestros sentimientos.

Hoy, como en alguna película tonta, buscaremos ser felices y amables, un par de amigos fantásticos.

Olvidémonos, pues, de penas y amarguras que nos distraigan;
olvidémonos de la pobre ceniza que espera al borde de los simples sueños,
del desasosiego infinito de cada jornada y acudamos, por favor, al paraíso
prohibido de nuestras bondades y saludes domésticas;
acudamos al oro saqueado de nuestra estación marchita.

La noche se ofrece a nuestro vicio.

Que tu boca arda largamente en el viejo favor de mi cuerpo.!

Ruego por ti y por mí a este amor que se desgasta,
a este amor cubierto de palideces y pequeñas bondades, nuestra única meta alcanzada.
Cariño, que lo que hoy muere nos vuelva enemigos;
que, de algún modo, el rencor restituya la fuerza y los anhelos perdidos,
esa dulce locura malversada en promesas, citas, encuentros, en vaga lujuria.
Que el odio, amor, nos devuelva ese hermoso afán de destruirnos en la vida.

He ahí, de nuevo, el globo de la luna que desfallece sobre nuestros nerviosismos y tensiones.
Es hora, digo, de carraspear unas cuantas palabras y tratar de devolverle
una pizca de realidad a nuestros sueños, a nuestros justos anhelos.
Ambos hemos hecho mérito para ello y esto nos enaltece, nos hace casi dignos.
Además está la noche, esa luna incesante y ciega que nada agota;
está el instante que pasa ampliando toda derrota,

enfriando aún más nuestra poca y desolada ceniza;
está el paraíso de nuestras dichas y placeres que de nada sirve.

Tal vez, digo, es hora de sacar el lomo como ballenas en el mar
y dejar que se pierda la estela espumosa de todo rumbo.

Tal vez es hora de sacudirnos de encima suciedades y sargazos,
todo tipo de salvación.

Tal vez es tiempo de sentir un poco de piedad el uno por el otro.

Pero estas palabras, seguro, no son sabías ni tampoco convenientes.

Estas palabras que deberían servir mejor a la bella tristeza de tu rostro.

Estos gestos, estas maneras, estas fáciles alegrías,
no son propias ni de ti ni de mí. Después de años y años,
creo que es tiempo de aceptar las cosas como son,
sin cantos ni engaños, sin mucho alarde.
La ilusión ya pasó con su rostro de novia
y no existen otras aguas en qué hundir los nervios lastimados.
Estos por supuestos es una ventaja, un mérito difícil de alcanzar.
La mugre chorrea en los baldosines del baño
y, afuera, como un adorno, crece el remedio de la luna.
No digas nada:
Que el mal sueño nos mantenga atados al pie de su negra bondad.

La tarde gris, enemiga, deshace la palabra que intenta hechizar al corazón.
La tarde lastimosamente se ocupa de nuestros asuntos.
He aquí, pues, el blanco y desgastado cielo bajo el cual depositamos pasiones y penas;
he aquí el frío soplo bajo el cual desplegamos nuestro inseguro arder;
he aquí el reino doloroso de nuestras voces y nuestros sueños.

Tarde que sirve de esperanza a otra tarde más sin esperanza.

A esta luna que cava soledades y macera nuestros nervios.
A este cielo que hunde sus hielos en el magro oleaje de nuestros sueños.
A esta noche que desborda ya su pálida ceniza, su deshecho perdón, opongo
el temblor que desoculta tu cuerpo aquí a mi lado,
opongo el nudo amoroso de nuestras caricias y palabras.

A esta noche que pide sin reclamos abandonarnos a merced de los astros.

De ese primer abrazo le sobrevino una enfermedad rara,
un continuo pensar, una demencia.

De esos labios,
de esa boca repentinamente excitada le fue arrojada una gota de vértigo.
De esa saliva, huyendo hacia la salud de cada uno de sus pliegues,
brotaron nuevas fuerzas, pánico, palabras.

De ese cuerpo arrugándose y borrándose en el suyo hasta la confusión,
hasta el más hondo e inestimable servicio,

le fue arrojado un carbón ardiente, una mancha de eternidad.

Patinó y patinó en esa grasa tibia y dislocada.

Aulló y aulló amorosamente hasta espantar el mundo.

Se disolvió luego en una suerte de espera, de silencio, de olvido.

Cayó al mar con las manos atadas.

Quisiera no decir más cosas, quisiera callar.

Quisiera no saber lo más mínimo de sí y perderse en lo hondo de esa esperanza que lo llena y lo vacía, difícil esperanza.

Quisiera ahorrar una sombra a la faz del día, una masa atrapada, un gesto inútil.

Quisiera, además, que de sus males y alegrías no se derivara nunca una astucia, nunca un consuelo,

ni siquiera el don de un sueño aceptado.

Quisiera desmentirse de lo que dice y no dice, ir a tientas.

Quisiera, en fin, detenerse a mirar una nube,

pero sabe que todo lo conducirá a nada,

que cualquier acto es excesivo

y que en días como éstos, afortunados días, nada le resta salvo caer, ir abajo, siempre abajo.

No son otras las bondades de su privilegio.

Los días no han hecho de ti mucha cosa,

todo lo contrario de lo que alguna vez soñaste.

Mucho más sensible a lo que te hace daño, cierto,
pero no más certero y alegre en lo que te concierne.
Andas neurótico, metido en una edad en que cantar la vida,
cualquier estado de alma, cuesta
y en que toda miseria o aceptación resulta ventajosa.

Aún, pues, hay fulgor en la herida de tus lomos
y la mañana empañada es casi una promesa.
No importa lo que hagas, vamos.
Hoy debes concederte de nuevo la oportunidad que ningún sueño te dió.

De nuevo acepta el corazón sus verdades y mentiras
y de nuevo el viaje emprendido, la aventura iniciada, lo lleva a un comienzo.
De nuevo alguien, ángel o demonio, borra a su paso logros y certidumbres sus humanas
razones,
Y ensombrece su idioma de honda y vacías necesidades. De nuevo
él está en lucha consigo mismo y sus nervios tensos, su imagen perdida, su palabra
escarmentada,
son su único privilegio. De nuevo él clama pero no se le escucha
y sabe que no puede ser de otra forma, que éste es su aliciente.
De nuevo hoy se aventura pero vuelve a su comienzo
y ya no importa y éste es todo.

Lo acompaña la soledad sin fin de la luna.

Sonríe, resígnate, nada de lo que esperabas te ha sido dado.

Los días se colman vacío de ti
y enconan aún más la herida,
te hacen huérfano de su misterio.
Los días vuelven la cara a los más preciados sueños
y dejan que revientes en el camino.
Oficio entonces de desheredados, vivir.
El dolor fue por lo que avistaste y nunca se te dio.

El dolor que a ratos sube y te descuelga de ti.

Sin ganar nada, todo lo has perdido.
Temprano caducó la frase prometida de tus ilusiones
y la realidad espesó allá su milagro de sombra y dolor.
El día ya no salta y lame tus manos con su lengua dorada.
Detrás de rejas y sobre la paja acabada del verano,
habla sólo una luna enconada,
y la bondad, la bondad se pudre como un rey prisionero en una torre húmeda.
Quedan cosas, sin embargo, deshechos, palideces.
Queda el fulgor y la verdad de toda amargura.
Acéptalo sin fervores ni humillación.

Que el rastro de toda estrella colme aún más tu vicio.

Ni muy alegre ni deprimido, ajeno más bien a todo,
más bien retraído de la tarea

que cada nuevo día propone, me refiero a eso
de tantear una verdad, de organizar un rumbo.

De buscar salida al más leve extravío.
La luz fría de esta mañana pesada descansa los nervios
y deja ver —como si se tratara de una revelación—,
el oro suelto de otro fuego.

Este es mi clima, una luz fría, sin dones,
mi paz de invernadero que a nada obliga.

Ni muy alegre ni deprimido.

Sólo a medias golpeado y a medias sumergido.

No te engañas con palabras y, menos, recompensas tu silencio.
Ahora, más bien, amarías aceptar las cosas como son y no como se sueñan,
sin mucho drama o exageración de tu lado, simplemente capoteando el temporal,
buscando ser diestro y amistoso en la amargura,
práctico a la hora de los pactos y la derrota.

No es mucho pero tampoco es nada. A tus años, ya lo sabes,
lo realmente valioso es lo que se pierde,
el oro inflamado de todo despojo, el croquis de la más piadosa aventura.

La verdad, no existe otra sabiduría.

La luna cava en ti su negro fantasma y te suelta todo su peso.

Siempre fue así, sólo que ahora haces memoria,
sólo que ahora no te engañas ni delatas como un muchacho nervioso e inexperto.

No te culpes, no hagas un paraíso de tus miserias y faltas
ni exijas de tus nervios cansados el nimbo de una verdad, el súbito sosiego de la visión.
No reclames de ti más allá de lo que puedes dar
y trata de entender, por favor, que al mundo lo tienes sin cuidado.
No te engañes ni engañes, no forcejées ni hagas del mañana una oportunidad,
ni planées para ti equilibrio y razón, buena sombra siempre.
Haz caso de esa luna imaginaria que te persigue y obsesiona
y amalgama rocas y soledad, platea el canto ciego de tus fantasmas.
Cualquier día es un comienzo, cualquier hora la convenida.

Sin prisas, como un buzo tanteando aguas perdidas en el mar.

Sin espanto pero con la gracia pasajera de quien nunca sabe para dónde va.

Ni te reconforta ni te ofrece alivio
pero tuyo es este sueño que te llena y te vacía,
tuya esta porción febril de miseria y espasmo, este reino a tientas.
Nada más te ha sido dado, es todo.
Arriba una luna sin forma deja ver su fantasma y platea en vano la ceniza de la noche.

Arriba, semejando el paisaje perdido de otro ruego.

No hablarás sino de tu sueño.

Años y años y de repente comprenderlo de este modo.

De repente, advertir que sólo cuenta apalearte, hacer daño, en esta dirección y no en otra.

Discípulo, en fin, de tus propios vacíos y desesperanzas, de tus vagas razones.

Vuelve, pues, hoy a ti y reconfortate en tu más piadosa memoria.

Haz que brote un fulgor del resto de ceniza y

concede al menos una verdad, un orden, al croquis ciego de tu aventura.

No equivoques el camino y

cuida que en adelante sólo la soledad caliente tu cuerpo.

Nada hay fuera de ti que de lejos te recuerde.

La verdad que necesitas un poco de inspiración para decir tus cosas;

como la luna, las palabras tienen su lado oculto y lo que allí existe,

implora una claridad, eleva a cada instante un ruego.

Sólo que no depende de ti soñar su suerte ni bosquejar sus forma

ni evitar su vacío y desesperación, su estación contigua.

Sólo que por ti habla y en ti, deshecha imagen, busca el orden de otros días, de otros cielos.

Que nada, pues, te desaliente ni hurte a los rigores y melancolías que toda posesión impone

y pide más bien, al oficio de cada instante, el oro lejano de toda visión.

Héme aquí, de nuevo, en la pesada tarea de transformar la escoria en visión,

el vacío y el abandono en sueño, toda ceniza en fulgor.

Cada día, igual, echando mano de la alquimia dispuesta para así cumplir lo propio.

En pos, pues, de lo que todo vacío reclama y convierte en memoria y salvación,

en reino conocido,

héme aquí, hoy, de nuevo, transformando dolor y miserias y solo consiguiendo, a medias alcanzando,

pavor y olvido a cada instante.

No es este un pensamiento alegre pero, ahora,
que eres menos joven y menos feliz
acepta, al menos, el privilegio de los pensamientos tristes.

Sufres, cierto, de una manera que no desearías
y la sola idea de que las cosas huirán de ti un día para siempre,
te llena la vida de rencor.

Ah, si la vida pudiera cambiar.
Si en lugar de su peso se tuviera la palabra que redime.

Ahora no cuentas sino contigo mismo.

A los cuarenta, la vida no sólo te ha enseñado lo que debes saber sino que igualmente te ha
hecho daño. La fatiga y el mal sueño parecen anticiparse a todo plan y la mirada no acierta
con las mil estrellas de la noche.

Como cualquier mortal haz soñado con alcanzar una verdad y ésta,
ahora, te deja al descubierto, te impone su precio.

No harás sin embargo de tu vida un lamento, no cambiarás en sueño lo que se te ha dado,
no conseguirás del tiempo sino olvido.

Como un paciente excitado, atento sólo a su propia voz manotearás
o irás de aquí para allá,
saborearás tu propia baba.

La verdad que ya tienes la edad y la palidez de tus fantasmas.

Házte cargo de esa voz que en ti,
como la sombra de un ausente que acompaña, reclama ya lo suyo.
Súmala a la deshecha costumbre de tus vacíos y esperanzas,
concédele un instante de reposo y memoria, acógela.

Es tu voz más antigua,
el golpe del viento sobre las claridades de un primer día,
la palabra olvidada a causa de toda desdicha.

Que ella, como un mal amor, gobierne tu vida.

Déjala que hable y calla.

Su hora pide ya una forma a la luna y sus fantasmas.

Ahí está la luna que deforma uno a uno tus sueños
y el brillo negro de sus cantos.

Sobre dichas y penas recuesta su fantasma manchado por piedras y soledad.

Sobre cenizas y vacío queda su luz blanda.

Las cosas que cambian, te cambian.

Las cosas que te cambian, no son las mismas.

Tampoco eres el mismo respecto a las cosas que cambian.

Valiéndose de una y mil transformaciones,

acuñando una y mil verdades, la vida arma

su fuga hacia una mañana sin forma...

Esta es la herida de que no curamos.

Este es el sueño del cual nunca más volvemos.

No es mucho para comenzar de nuevo el día,
pero es todo con lo que cuentas. Cansancio, dolor derrota,
la verdad que desearías dormir un poco
y hundirte como un fardo en el fondo del olvido.

Hacer del vacío otro sueño.

Afuera, sobre el tejado del bloque, la luz se alarga como un recuerdo.

No harás de tus miserias una queja
ni evitaras tampoco llegar hasta el final.

No harás de tus derrotas un culto, una tregua.

Vamos, que no te absorba ni hechice la sorda canción que de ti aprendes

No conviene volver una y otra vez sobre lo mismo.

No conviene que te encierres en tu sordo, desgastado canto
y, otra vez, derrotándote, hagas de ti tu propio enemigo.

No conviene que cargues el corazón con el peso de tus soledades y tus vacíos
si conviene que el dolor y la sombra te hechicen.

No conviene que tu pena sea más joven que tu esperanza
ni conviene tampoco que tus palabras valgan más que tu silencio.

No resistirías pasar otro día así.

Necesitas unas semanas de descanso, necesitas dejar que tu alma sane y se eleve sobre ti.

Tal vez si, ahora, probarás echar otro tipo de mirada sobre tus propios asuntos;

tal vez si, a cambio de tanto vacío, no haría bien aceptar un poco de ironía;

si, al menos, dejaras que la introspección te ganara el reino de cada instante;

si, al menos, pudieras dar otro paso y no reventar.

Sosténte, por favor, no desfallezcas.

La verdad que aún puedes ir arriba e intentar otra bocanada.

No es una tarea nada fácil

ésta de tomarse día a día uno y darse forma

y ordenar un sentido a todo

y parecer natural y también convincente

y alzarse levantar el vuelo hacía otra región más alta
como si fuera poco como si fuera nada
cargar con quien aquí muy dentro
y con las mismas fuerzas las mismas palabras
argumenta contradice echa a pique
una a una verdades sueños
que uno levanta día a día luchando
aferrándose hasta sangrar
a fin de cumplir con algo en la vida
a fin de alcanzar
lo que nunca en verdad se te ha pedido.

Quiso hacer una razón de sus vacío y dudas
y, a partir de ahí, de sus sueños e incertidumbres, de su clamor lejano,
seguir el trazo de la aventura, entregarse a los instante de la vida.
Nunca supo cantar otra canción distinta a sí mismo,
(canción aprendida y echada a perder a cada paso) y, pese a intentarlo cada instante de cada
día,
pese a su agonía, no fue tampoco demasiado lejos.

A veces, venido de los paraísos angostos de la infancia, un destello
lo alcanzaba, una memoria
(la voz y el recuerdo de la abuela guiándolo hacia una tarde mítica
y esa memoria ardía en él y de nuevo lo conmovía.

Contó, pues, con el pavor y la dicha y lenta, muy lentamente, fue repitiendo su lección.

Los años, que son su única sabiduría, lo fueron entregando a la sombra opresiva de sus fantasmas,

lo obligaron a poblar todo vacío, a resolver toda duda

y a reclinar la cabeza sobre la promesa que guardan los sueños.

Buscó no equivocarse.

Hizo del silencio una recompensa.